

VIAJE FOTOGRÁFICO A UN ARCHIPIÉLAGO INÉDITO:
LAS IMÁGENES DE J. HARRIS STONE PARA EL LIBRO
TENERIFE AND ITS SIX SATELLITES (1887)

CARMELO VEGA DE LA ROSA

Mientras preparaba un estudio sobre la fotografía de viajes en Canarias en el siglo XIX, tuve la oportunidad de consultar la magnífica colección fotográfica que actualmente posee Don Agustín Baillon, en el Puerto de la Cruz. Mientras charlábamos sobre la fotografía y sobre los viajeros ingleses en Canarias, me mostró un álbum de fotografías que había conseguido hacía algún tiempo. Se trataba de una pequeña selección de imágenes —36, en total— algunas de ellas bastante deterioradas, y agrupadas en tres bloques: el primero, bajo el rótulo de «West Coast of Africa», estaba compuesto por 9 fotografías, sin firmar ni fechar, que representaban paisajes y escenas de poblados africanos, así como algunos retratos; el tercer bloque, estaba compuesto por 12 fotografías, también sin firmar ni fechar, con vistas del Puerto de la Cruz y de la Orotava. Entre ambos grupos de fotografías, pude admirar 15 imágenes fechadas en 1883 y firmadas por «J.Harris Stone». Se trataba, nada más y nada menos, que de una parte de las fotografías originales que sirvieron de base para ilustrar, como grabados, la conocida obra de Olivia M. Stone, *Tenerife and its six satellites*.

Hasta ese momento, no tenía ninguna noticia de que se conociesen estos originales fotográficos de John Harris Stone. Alentado por este hallazgo del que me hacía partícipe el señor Baillon, volví a leer de nuevo el citado libro, así como varios artículos de los Stone que se publicaron en la prensa canaria de la época. Esta nueva lectura, a la luz de esas fotografías, me permitió desentrañar la particular interpretación que sobre el concepto del viaje, y sobre el uso de la fotografía en el mismo, subyace a lo largo de todo libro. A ese concepto y a ese uso se refiere el texto que sigue a continuación:

A primeras horas de la mañana del martes 26 de febrero de 1884, el vapor *Trojan* de la *Union Line* procedente de la isla de Madeira, iniciaba las operaciones de atraque en los muelles de Plymouth. Entre los pasajeros que desembarcaron aquel día nublado y húmedo, se encontraba una pareja de viajeros que volvían a su país después de un dilatado periodo de ausencia, un largo viaje que iba a finalizar unas horas más tarde, cuando un tren les condujera de nuevo hasta Londres.

Todo había comenzado seis meses atrás, después de que el matrimonio Stone, John Harris y Olivia M., proyectara trasladarse al Archipiélago canario. Por aquel entonces las Islas Canarias eran conocidas en Europa, tanto por la fama de algunos de sus productos (vinos, cochinilla, etc.), como por sus favorables condiciones climáticas, lo que había dado lugar a una progresiva afluencia de visitantes, en busca de salud y naturaleza. Por otro lado, aquellos eran momentos en los que estaba teniendo lugar una profunda expansión colonial, lo que motivó que las Islas llegaran a convertirse en un importante lugar estratégico como punto de escala de las grandes compañías navieras, sobre todo las inglesas, permitiendo un contacto directo entre ellas y el continente europeo. Tal vez quien mejor definió (o distorsionó) la relación entre Canarias e Inglaterra fue A. Samler Brown cuando, en 1892, afirmó que las Islas eran «un jardín donde se cultivan verduras para las mesas inglesas»¹.

En este contexto, el viaje de los Stone a Canarias no fue un hecho excepcional. Sin embargo, ¿qué tenía de particular este viaje?, ¿qué le diferenciaba de todos los viajes anteriores y, hasta cierto punto, de los que habrían de sucederle? Desde 1884, el año de su regreso, hasta 1887, los Stone intentaron demostrar que su viaje a Canarias no era un viaje cualquiera: el suyo era un viaje distinto. En esos tres años, ordenaron las notas y los informes que habían recogido en las Islas, contrastaron sus datos con los de otros viajeros anteriores y completaron sus conocimientos sobre el archipiélago visitado, exponiendo sus ideas y sus impresiones del viaje en una serie de artículos publicados en la prensa inglesa. En ese periodo de tiempo, Olivia M. Stone completó la redacción de un voluminoso diario de viaje en el que se recogían de manera minuciosa todos los pormenores y las anécdotas del mismo. Por fin, en 1887, el editor Marcus Ward, de Londres, publicó este texto en dos tomos, bajo el sorprendente título de *Tenerife and its six satellites or the Canary Islands Past and Present*, que obtuvo un éxito de ventas inmediato, hasta el punto de que dos años más tarde apareció una nueva edición abreviada y corregida².

¿Qué contenía el libro de Olivia M. Stone para alcanzar esta popularidad? *Tenerife and its six satellites* es básicamente un diario de viajes, y, por lo tanto, podía ser leído como tal. Desde finales del siglo XVIII se asiste en Europa a una impresionante obsesión colectiva por los viajes: a la necesidad de viajar (para conocer, para huir o para encontrar) le sigue la ansiedad por narrar el viaje. «Algo he de decir, porque hoy hasta los *commis-voyageurs* anotan sus impresiones de viajes», decía oportunamente, una tal Jesse de Hamilton, tras su estancia en Canarias en 1908³.

El libro de Stone es, en este sentido, un ejemplo de genuina literatura de viajes, en el que se relatan jornada tras jornada, todos aquellos detalles, incluso los más insignificantes, que por diversos motivos habían llamado su atención. Pero este libro ofrece algo más: en primer lugar, su estructura como diario —que permite ordenar con un sentido cronológico las impresiones personales de la autora sobre los lugares visitados—, sirve también como soporte para introducir de forma metódica extensas anotaciones sobre la historia y la cultura de las Islas. A grandes rasgos se podrían establecer una serie de temas que se suceden y se repiten una y otra vez a lo largo de las 936 páginas de la obra: historia de las Islas (con frecuentes menciones a los antiguos pobladores y apuntes sobre la Conquista); indicaciones sobre cuestiones económicas (actividades comerciales, principales cultivos, etc.) y políticas (la rivalidad entre las islas); descripciones geográficas (vegetación, geología, clima⁴); apreciaciones sobre la arquitectura y la vivienda popular, las costumbres y la personalidad del canario, la comida, el vestido; comentarios sobre los periódicos de las Islas, el estado de la enseñanza, las infraestructuras turísticas; etc.

En segundo lugar, para completar o constatar las informaciones facilitadas ya en el texto, los Stone añadieron al final del tomo segundo un amplio capítulo de apéndices, en el que se recogen, por este orden, los itinerarios y los gastos realizados a lo largo de todo el viaje; mediciones de las temperaturas medias y extremas de Las Palmas y del Puerto de Orotava, y de la humedad relativa y absoluta de éste último y de Madeira, realizadas entre 1883 y 1884 por A. H. Bécher-vaize y por el Dr. Hjalmar Öhrvall; estadística de la entrada de barcos en los puertos canarios durante 1882; listado de periódicos de Tenerife y de Gran Canaria; recetas de algunos platos canarios, como la tortilla de jamón, el puchero y la sopa de arroz; la partitura de una *malagueña del país*; un análisis de agua mineral de Agaete y de Firgas, realizado en Inglaterra por el Dr. Pelham a partir de las muestras que los Stone se llevaron consigo en el viaje de regreso; y, por

último, un breve artículo titulado «The Guanches, Canary Islands», escrito por J. Harris Stone y publicado en *Times* en enero de 1884.

Estamos, pues, ante un libro con una manifiesta pretensión de exhaustividad, una obra completa que aspiraba a ofrecer una visión global y total de las Islas. Y en efecto, la obra de los Stone constituye una excelente fuente directa para el estudio de la vida cotidiana en Canarias a finales del año 1883. A través de sus páginas, junto a esos rigurosos informes y completas estadísticas, podemos encontrar numerosos apuntes, cuanto menos, insólitos: así, sabemos, por ejemplo, que en ese año, en la Gomera sólo existían dos pianos; que las habitaciones de las fondas estaban plagadas de pulgas y chinches; sabemos también, cómo era, en La Palma, un espectáculo de Panorama; a cuánto ascendía el alquiler de las casas en Las Palmas; o cuál era el precio de los alimentos y de los medios de transporte.

Por todo esto, puede decirse que *Tenerife and its six satellites* era un libro de viajes que servía, además, como referencia útil, dada la amplia información que facilitaba sobre itinerarios y trayectos, para todo aquel que quisiera visitar el archipiélago. *Madeira and the Canary Islands. A handbook for tourists* (Liverpool, 1888) de Harold Lee, *Madeira and the Canary Islands. A practical and complete guide for the use of invalids and tourists* (Londres, 1889) de Alfred Samler Brown, o *A guide to The Canary Islands calling at Madeira* (Londres, 1892), de J. H. T. Ellerbeck, son sólo algunas de las innumerables guías inglesas para turistas que se publicaron casi inmediatamente a la obra de Stone, y que ponen de manifiesto el tremendo auge que conocerían estos *manuales de viaje*.

La propia Olivia M. Stone era consciente del valor que su libro podía tener como modelo para los futuros viajeros que viniesen a Canarias. Ella misma afirmaba que «los pioneros siempre sufren buscando información. Aquellos que nos sigan aprovecharán nuestras experiencias» (1887, p. 178, t. I).

La experiencia del viaje de los Stone era, por lo tanto, la de los pioneros. Este es, quizá, el concepto clave que explica tanto su viaje como su libro. Lo que distingue el texto de Olivia y John Harris de otras crónicas y diarios de viaje de la época, es, precisamente, el constituirse en un paradigma del viaje como descubrimiento: no se trataba tanto de compartir el entusiasmo y el asombro de lo ya conocido, siguiendo las rutas establecidas y participando del ritual del viaje confortable, como de enfrentarse a lo inexplorado, de aventurarse en los caminos más difíciles y de llegar hasta el último punto donde ningún viajero antes hubiera estado: es decir, ser los primeros.

Pero, como otros viajeros del siglo XIX, los Stone no viajaban solos. Albert Londe afirmaba en 1896: «En las ciencias geográficas, el documento sólo tiene verdadero valor cuando es la imagen fiel e indiscutible del lugar. Sólo la fotografía puede darnos esta precisión y desde que el aparato ha recorrido el mundo entero, es cierto que los conocimientos generales de la superficie del globo son infinitamente más exactos que antes. Esto es lo que explica ahora la necesidad del viajero, del explorador, de entender el aparato fotográfico como el complemento, o mejor dicho, como la parte más importante de su equipaje»⁵. Como Piazzzi Smyth en 1858, como Whitford en 1890, para quien la cámara fotográfica era el «constante compañero de viaje»⁶, o como el propio Ellerbeck, los Stone consideraron su equipo fotográfico como un elemento fundamental de su equipaje.

De esta manera, el suyo es también un viaje fotográfico, en el que la fotografía articula un discurso paralelo al texto, ratificándolo y, a veces, justificándolo: nos encontramos, pues, ante un viaje ilustrado. Un viaje fotográfico que, como veremos a continuación, responde también a esa idea del descubrimiento de lo inédito. Por otro lado, las imágenes del libro nos muestran los paisajes por los que pasaron, pero también nos hablan del verdadero protagonista de la obra: el viajero y el viaje.

En mi opinión, *Tenerife and its six satellites*, no es sólo interesante como testimonio de la visión que un extranjero pudo tener de Canarias a finales del XIX, sino que sus aportaciones más significativas estarían relacionadas con esa particular interpretación que del viaje hacen los Stone, así como su propuesta sobre el uso de la fotografía como crónica visual del viaje. Analicemos, por lo tanto, estos dos aspectos que, pese a su importancia, no han sido, hasta la fecha, suficientemente destacados.

SOBRE EL VIAJE COMO DESCUBRIMIENTO

Todo viaje comienza antes del viaje. Cuando Olivia y John Harris decidieron venir a Canarias, sabían aproximadamente lo que iban a encontrar; como viajeros modélicos, presumían de estar bien documentados: «creo», confiesa Olivia, «haber consultado todos los trabajos que han aparecido tanto en inglés, español, francés o alemán, que tratan, siquiera remotamente, sobre el tema» (1887, *Preface*, p. VIII, t. I). Y eso a pesar de las dificultades que, según ella, tuvieron para conseguir una información completa sobre el archipiélago: después de

varios meses de pesquisas sólo pudieron encontrar un escaso número de libros que ofreciesen datos fiables de las Islas. No es que no existiese una bibliografía previa sobre Canarias, sino que, en su opinión, la mayor parte de lo que hasta entonces se había publicado, era incorrecto y poco fiable. Por otro lado, se quejaba de que, a pesar de haber sido traducidos algunos trabajos importantes, el número de libros en lengua inglesa dedicados al archipiélago, era muy pequeño: «No hay un libro en inglés dedicado íntegramente a las Islas Canarias. Tan sólo hay unos pocos libros y varios panfletos sobre Tenerife y su Pico» (1887, p. 28, t. I).

En cualquier caso, Olivia cita una serie de obras básicas para cualquier estudio sobre Canarias, y que ella utilizó a lo largo de todo su trabajo para contrastar opiniones o para documentar algunos aspectos del mismo: *The History of the Discovery and Conquest of the Canary Islands*, de George Glas (al que recurre sobre todo al hablar de Lanzarote); los trabajos de Viera y Clavijo; la *Histoire Naturelle des Iles Canaries*, de Philip Barker-Webb y Sabin Berthelot; la *Description physique des Iles Canaries*, de Leopold von Buch; *Reisebilder von den Canarischen Inseln*, de K.von Fritsch; *Teneriffe, an astronomer's experiment*, de Charles Piazzi Smyth; *Les Iles Canaries et la vallée d'Orotava au point de vue hygiénique et médical*, de Gabriel de Belcastel; o *Essais sur les Iles Fortunées*, de Bory de St.Vincent, entre otros.

¿Cuál era la acusación principal que Stone hacía a la mayoría de los libros que se habían publicado sobre las Islas? Lo que ella condenaba era la falta de una mirada integral: no eran libros sobre Canarias, sino libros que hablaban parcial o superficialmente del archipiélago. En este sentido, distinguía entre los autores que sólo mencionaban las islas como lugar de tránsito en un viaje a otros países y los que hacían un estudio más profundo, basado en un conocimiento directo de las mismas.

En el primer caso, Canarias no era el destino, sino una escala. En este grupo incluye, sobre todo, a Humboldt —un «joven e inexperto viajero» cuando llegó a Tenerife—, «que sólo permaneció tres días en la isla y que escribió el relato de sus aventuras mucho tiempo más tarde» (1887, p. 26, t. I) y al propio Bory de St.Vincent, cuyo libro es «el resultado de una noche de estancia en Santa Cruz» (1887, p. 28, t. I).

Por otro lado, Olivia censuraba a estos «viajeros de pocos días» que ofrecían una visión mutilada del archipiélago: «unos pocos días en Santa Cruz, unas pocas horas en [Gran] Canaria, y quizás una vi-

sión fugaz de Lanzarote, y se escribe un libro, o bien, se dedican a las Islas muchos capítulos de un trabajo sobre otros países» (1887, p. 28, t. I). Además, advertía al lector de los peligros de estas visiones apresuradas y, por lo tanto, engañosas e insuficientes: «Tras haber desembarcado en Santa Cruz, si un visitante dispone de un día libre, se acerca hasta [La] Matanza para contemplar el Pico. Si tiene dos días, va a Orotava, donde pernocta, y si son cuatro, y la estación es propicia, probablemente subirá al Pico, a cuya cima puede o no llegar. Por lo tanto, siempre que oiga hablar de viajeros conocedores de las Islas Canarias (...), una investigación rigurosa pondrá al descubierto que esas excursiones se reducen a un paseo por los alrededores de la Orotava, o que el libro es una recopilación de otros trabajos poco conocidos» (1887, p. 54, t. I).

Frente a este tipo de visitante apresurado, al cual aborrecen, van a contraponer al viajero auténtico, en cuya categoría ellos mismos se incluyen: un tipo de viajero cuya misión es descubrir lo desconocido. En este sentido, a los Stone les interesan las Islas Canarias porque, pese a todas esas publicaciones y a todos esos relatos de viajes anteriores, seguían siendo un espacio inexplorado. Las Canarias, afirma John Harris, «están virtualmente sin descubrir por nuestra nación, (...) y con ligeras excepciones, el inglés no visita las Islas Afortunadas» (1887, p. 442, t. II).

Lo que ellos echaban de menos en todos esos libros era la falta de una visión completa del Archipiélago, entendiéndolo como totalidad, como un territorio formado por un conjunto de islas, cada una de ellas con su propia identidad, con su propio paisaje y con su carácter distintivo. En este sentido, los Stone intentan desmarcarse de la actitud de otros viajeros que sólo habían estado en alguna de las islas y habían seguido las rutas habituales, visitando lo más característico de cada lugar: eso era lo que hacían los viajeros superficiales.

Este deseo por diferenciarse está presente a lo largo de toda la obra. Ellos buscan lo inédito, en una actitud casi paranoíca por ser los primeros, por ser los pioneros: «nos acercamos [al Hierro] con la emoción de los descubridores y de los pioneros» (1887, p. 202, t. I) ⁷.

Descubrir por «primera vez», esa es su aspiración: ellos son —o, más bien afirman ser— los primeros viajeros ingleses que llegan al Hierro, «*terra incognita* para los demás habitantes del archipiélago»: «ningún inglés ha estado en esta isla desde los tiempos de Columbus (sic)» (1887, p. 202, t. I) o «el párroco de la isla del Hierro me dijo que yo [John Harris] era el primer inglés que había estado allí en los tiempos modernos» (1887, p. 442, t. II); eran también los primeros

que llegan a Agüimes: «Somos los únicos ingleses que han sido vistos o de los que se tienen noticias en Agüimes» (1887, pp. 139-140, t. II); en La Gomera, son casi los primeros ingleses que visitan la Isla, puesto que antes que ellos, unos años atrás, habían estado allí dos viajeros de la misma nacionalidad: un tal Dr. C. y su hijo. «Nosotros», matiza Olivia, «somos los siguientes» (1887, p. 260, t. I); en Lanzarote tampoco son los primeros, aunque advierten, eso sí, que «muy pocos visitantes vienen a Lanzarote» y que «muy poca gente ha visto Arrecife» (1887, pp. 261-262, t. II).

Idéntica actitud encontramos cuando se preparan para subir al Teide: «nadie antes que nosotros ha hecho un viaje como el que proyectamos» (1887, p. 76, t. I). Ciertamente, a ellos no les interesó seguir el trayecto normal de los viajeros que, desde la Orotava, subían al Pico por el norte de la isla, sino que la bordearon por el noroeste y ascendieron por Vilaflor.

Esta elección de una ruta inusual nos permite, sin embargo, completar el perfil del viajero asumido por los Stone. Ellos no son turistas en viaje de recreo, sino auténticos descubridores y como tales deben sufrir las consecuencias de un viaje de exploración: las dificultades y la dureza de los caminos no transitados⁸, el cansancio, la enfermedad⁹, y los problemas no previstos (especialmente los referidos a los medios de transporte). Ellos son, en definitiva, viajeros *penetrantes*¹⁰, que se niegan a seguir los recorridos acostumbrados, esquivando los caminos más cortos —la «ruta directa»—, en busca de los más interesantes: «nosotros viajamos a lo largo del país no con el objeto de ir por la vía más corta, sino por la más bonita y admirable» (1887, p. 105, t. I).

En este sentido, el viaje de los Stone es un viaje de contemplación: buscan lo grandioso y lo espectacular de la naturaleza en las islas (Teide, barrancos), pero también los paisajes pintorescos y las escenas costumbristas. Huyen de los lugares comunes y de los tópicos en cuanto a la percepción del paisaje y se aventuran en el hallazgo de otros puntos de vista alternativos y no estereotipados: así, por ejemplo, rechazan la visión del Valle de la Orotava desde donde fue admirado por Humboldt y proponen, como una visión más hermosa, la que se contempla desde Icod del Alto (1887; p. 51 y p. 404 y ss., t. I).

Por otro lado, se entusiasman con el paisaje de las islas, dejándose llevar fácilmente, en algunos momentos, por la evocación de ciertos mitos sobre la naturaleza canaria (paraíso, fortuna, abundancia, etc.). Su pasión por los paisajes canarios les lleva, además, a criticar

la profunda indiferencia de los isleños ante la naturaleza que les rodeaba: así, —como ya había apuntado también Jules Leclercq¹¹— les sorprende el escaso número de canarios que han subido al Teide (1887, p. 159, t. I), o la confesión de una de las sirvientas en su hotel de Las Palmas que le asegura que nunca había visitado un barranco: «María me dice que ella nunca ha visto el barranco, y ¡el barranco está a menos de cinco minutos de camino desde el hotel!» (1887, p. 196, t. I).

Frente a esa indiferencia, («No se presta atención a lo que se tiene», decía Leclercq), los Stone oponen una curiosidad, que para los isleños es, incluso, desmedida; en ese sentido, los Stone se conciben a sí mismos como viajeros incomprensidos: los indígenas, llega a afirmar Olivia, no comprenden el sentido ni la finalidad de su viaje, no entienden que alguien pueda viajar por «la pura afición de ver hermosos paisajes y de conocer nuevas costumbres y transmitirlo al papel» (1887, p. 241, t. II).

Un ejemplo, entre otros muchos, de ese deseo por contemplar la naturaleza en su aspecto más espectacular y sobre todo inédito, nos lo ofrece Olivia cuando narra la ascensión al Teide. En un momento determinado, mientras hacían un descanso, John Harris, acompañado por uno de los guías, abandona la expedición y se dirige a un punto determinado, cuya visita le había sido recomendada por su compatriota Charles Smith. Su intención era contemplar el soberbio panorama que se ofrecía desde ese lugar y tomar una vistas del Pico. Pero, ¿por qué ese empeño en ir a ese sitio concreto? La explicación era esta: porque el Teide, «nunca había sido fotografiado desde ese lado» (1887, p. 121, t. I). La mirada fotográfica de los Stone pretendía ser, también, pionera.

SOBRE EL VIAJE COMO DESCUBRIMIENTO FOTOGRÁFICO

Tenerife and its six satellites es un libro ilustrado. Mientras Olivia recogió sus impresiones del viaje en su cuaderno de notas, John Harris dejó constancia fotográfica de todo lo que veían: ellos eran de la «gente que viaja con una cámara» (1887, p. 105, t. I). Las imágenes que recogió durante su estancia en las siete islas, se utilizaron posteriormente como ilustración de la obra, si bien fueron transformadas en su mayoría en grabados, salvo dos de ellas, que se reprodujeron por medios fotomecánicos, aunque Olivia M. Stone no explica en ningún momento por qué se optó por el grabado y se renunció a reproducir las fotografías tal cual eran.

En cualquier caso, en la edición de 1889, se incorporaron nuevos grabados de fotografías de J. H. Stone que no habían aparecido en la primera edición, así como otras imágenes inéditas, entre ellas, un magnífico retrato de Olivia, realizado por H. S. Mendelssohn, y tres fotografías del inglés afincado en Tenerife, George Graham Toler¹².

La obra de Olivia M. Stone es también un documento excepcional para la historia de la fotografía en Canarias, puesto que gracias a ella conocemos algunos datos —que deben ser tomados, sin embargo, con algunas precauciones— sobre el estado de la fotografía en las Islas en el año 1883¹³. Por lo pronto, Olivia afirma que en Santa Cruz de Tenerife, cerca del hotel donde se hospedaban, vivía el fotógrafo de la Isla, y «seguramente del archipiélago»¹⁴. Según Olivia, «él era, con la excepción de un fotógrafo perezoso y mediocre de Las Palmas, el único representante de este arte» (1887, pp. 16-17, t. I). Además de estos dos fotógrafos en Santa Cruz y Las Palmas, se refiere más adelante a otro fotógrafo, cuyo nombre tampoco cita, que en esos momentos trabajaba en Lanzarote, del que sólo nos dice que su aparato fotográfico era muy primitivo y que ni siquiera había oído hablar de las placas secas. (1887, p. 288, t. II).

Pero al margen de estas referencias, Olivia expresaba también su asombro por el reducido número de fotografías que sobre las Islas había podido encontrar en Londres, antes de su viaje. Sin embargo, su sorpresa fue aún mayor cuando llegó a Canarias, puesto que no halló ninguna fotografía del Teide, y sólo consiguió unas pocas fotografías de Santa Cruz y de las principales ciudades de la Isla. De repente se dió cuenta de que el Archipiélago canario también era un archipiélago fotográficamente intacto, no explotado. La emoción del viajero (del viajero-fotógrafo, en este caso) se cuela de nuevo entre sus palabras: «Debo decir que esto para nosotros es un auténtico placer, puesto que podremos plasmar escenas no representadas antes ni por el lápiz ni por la cámara» (1887, p. 17, t. I). A ellos les correspondía también, por lo tanto, descubrir fotográficamente las islas.

¿Qué representaban las imágenes que John Harris tomó en Canarias? Varios son los temas que se repiten en sus fotografías y que podemos dividir, al menos, en siete grandes bloques: vistas panorámicas de paisajes, vistas de ciudades y pueblos, vistas de calles y rincones urbanos, monumentos, edificios e iglesias, personajes típicos y ejemplos de vegetación autóctona. Es decir, lo que le interesaba era captar con su cámara, no sólo las bellezas naturales del Archipiélago, sino también sus gentes y algunas manifestaciones visibles de su cultura (arquitectura, vestimenta, etc.).

A estos temas principales habría que añadir un extenso grupo de imágenes que se refieren exclusivamente a la experiencia del viaje, y en las que ellos mismos aparecen representados, bien ante un paisaje —como forma de posesión o de conquista simbólica de un espacio geográfico inédito y desconocido—, bien en escenas de campamento, en las que aparecen, como era habitual en los libros de viaje de la época, en actitudes de descanso, o bien junto a los diversos medios de transporte que utilizaron en cada una de las Islas.

Además, cada una de las paradas que realizaban en sus recorridos diarios, así como los momentos de contemplación de un paisaje o de una escena pintoresca, eran aprovechados para ejercer las actividades fotográficas: «como teníamos un poco de tiempo, lo dedicamos a fotografiar», dice Olivia poco antes de partir de Lanzarote rumbo a Fuerteventura (1887, p. 334, t. II). En este sentido, la fotografía tenía una clara función de soporte gráfico del texto y viceversa, de modo que una buena parte de los comentarios que aparecen en la obra se refieren a sus labores fotográficas. En cierta forma, el texto explica la imagen, y la imagen justifica el texto, en un interesante y enriquecedor discurso paralelo. Por otro lado, la fotografía actuaba también como constatación y afirmación de las palabras, de modo que, si un lector incrédulo no creía algo de lo que Olivia narraba, siempre quedaba la imagen para convencerlo.

Por otro lado, los Stone asumen totalmente su papel como viajeros-fotógrafos, interesándose no sólo, como hemos visto, por la situación de la fotografía en Canarias, sino también reseñando algunos de los contratiempos que, en relación a la fotografía, sufrieron durante su viaje. En este sentido, habría que destacar algunas anécdotas, como sus problemas para preparar las placas fotográficas bajo la potente luz de la luna o los golpes que durante el trayecto recibió la caja en la que transportaban las placas ya expuestas, con el consiguiente peligro de perder todas las imágenes realizadas a lo largo del viaje.

En 1883, estábamos aún en los tiempos heroicos de la fotografía, en los que el fotógrafo de viajes debía llevar consigo un pesado y complicado equipo fotográfico, que en algunos momentos se convertía en un auténtico lastre. La propia Olivia admitía que si su viaje a través de las islas se hubiese realizado unos pocos años más tarde habrían tenido menos problemas en el cuidado de los frágiles negativos y se habrían evitado el peso excesivo de las placas de cristal (1887, p. 280, t. I). También se quejaban, como ya había hecho Piazzismyth, de las extremas condiciones de luz que encontraron en las Islas y que, según nos dice, les obligaba a trabajar rápido y a hacer expo-

siciones cortas. El equipo que los Stone trajeron desde Londres para su viaje estaba formado por dos cámaras (una «cámara 5 x 4» y una cámara de mano), un trípode, una «dark-tent» (donde revelaban sus placas de prueba), y 28 docenas de placas.

¿Podemos imaginarnos el estupor de un canario de la época ante esta singular pareja de viajeros, que transportaba por los pueblos y los caminos más apartados de las Islas su voluminoso equipo fotográfico? Ya hemos señalado como Olivia pensaba que la mayoría de los isleños no entendían el sentido ni el propósito de su viaje. Ellos eran viajeros incomprendidos, pero también viajeros observados. En la praxis del viaje pionero, el que viaja no es sólo *el que mira*, sino también *el mirado*: la mirada al otro se contrapone así, a la mirada del otro. Los Stone, frente a los indígenas, se representan a sí mismos como la civilización y el progreso. No es extraño, por tanto, que llamasen la atención a su paso; «aquí creamos un considerable asombro», confesaba Olivia a su llegada a San Sebastián de la Gomera (1887, p. 193, t. I).

Al asombro del nativo le sigue la curiosidad, especialmente hacia el aparato fotográfico de los Stone, «un instrumento nunca visto» que algunos confundían incluso con un altímetro. Las referencias a las diferentes reacciones de los canarios ante la fotografía son numerosas a lo largo de todo el texto, pudiendo distinguirse cuatro actitudes:

— una, el rechazo a ser fotografiado —el caso de una mujer en Los Sauces que se encierra en su casa para que no la retratasen (1887, p. 333, t. I);

— dos, la expectación ante la fotografía, tanto para verla como para salir en ella. En el primer caso, pueden citarse varios pasajes como aquél en el que, una noche en Fuerteventura, después de cenar, los Stone muestran unas fotografías a sus acompañantes y la habitación donde se encuentran se llena de curiosos (1887, p. 343, t. II), o aquella otra en la que Olivia le muestra a un grupo de mujeres un retrato de sus hijos (1887, p. 176, t. I).

En el segundo caso, los Stone se sorprenden del interés que los indígenas tenían por salir en las fotos: las calles se llenaban de curiosos, que observaban con mucha atención todos los preparativos de la toma y acababan incluyéndose en ella (1887, pp. 174, 326, 339, t. I, y p. 89, t. II)¹⁵;

— tres, la consideración de la fotografía como un acontecimiento trascendental en sus vidas, en el momento de ser retratados (1887, p. 175, t. I); y,

— cuatro, el agradecimiento por ser fotografiados (1887, pp. 175 y 329, t. I).

Así pues, por todos estos motivos, el libro de Olivia M. Stone, constituye una magnífica fuente para la historia de la fotografía en Canarias, ya que ninguno de los viajeros que nos visitaron a lo largo del siglo pasado y que utilizaron la cámara fotográfica como registro de su viaje, nos dejó tanta y tan variada información sobre el uso y las posibilidades de la fotografía en nuestras Islas y, especialmente, sobre las reacciones y la curiosidad que la fotografía misma suscitó entre los canarios.

Pero las imágenes de *Tenerife and its six satellites* son, ante todo y sobre todo, el recuerdo gráfico de la experiencia del viaje. La propia Olivia reconoció el poder evocador de la fotografía al escribir: «La memoria suele jugar nos malas pasadas y transcurriendo el tiempo, ¡quién podría recordar los caminos, veredas y escenas de una década anterior a no ser por la cámara fotográfica y sus verídicos lentes!»¹⁶. Seguramente, más de una vez, en el lejano y frío Londres, los Stone revivieron con nostalgia, ante estas fotografías, su gran viaje de exploración al archipiélago desconocido.

Notas

1. Citado en RIEDEL, Uwe: «Las líneas del desarrollo del turismo en las Islas Canarias», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 18, 1972, p. 17.

2. STONE, Olivia M.: *Tenerife and its six satellites or The Canary Islands Past and Present*. Londres: Marcus Ward and Co., 1889. Esta nueva edición resumida apareció en un sólo volumen. En ella, Olivia tuvo la oportunidad de modificar algunos errores que aparecieron en la primera edición. Además, se incluyeron algunas imágenes nuevas que no estaban en la publicación anterior.

3. HAMILTON, Jesse de: «Impresiones de una Yankee», *Diario del Norte*, Puerto de la Cruz, 26-V-1908.

4. En este apartado, los Stone se interesan sobre todo por dos aspectos concretos: los barrancos, como manifestación geográfica extraña, y las temperaturas, con continuas anotaciones sobre las variaciones de las mismas a lo largo del día y análisis comparativos entre distintas zonas de cada isla o de las islas entre sí.

5. LONDE, Albert: *La photographie moderne*. París: G. Masson, 1896; p. 567.

6. WHITFORD, John: *The Canary Islands as a winter resort*. Londres: Edward Stanford, 1890; p.VIII.

7. Unos años antes, Jules Leclercq había sentido ese mismo placer al entrar en la ciudad de Icod: «Soy, con toda seguridad», afirmaba, «el primer extranjero de paso que recala aquí desde hace varios años, porque Icod no está en la ruta turística». LECLERCQ, Jules: *Viaje a las Islas Afortunadas. Cartas desde las Canarias en 1879*. Islas Canarias: Viceconsejería de Cultura y Deportes, Gobierno de Canarias, 1990; p. 119.

8. Olivia M. Stone se consideraba a sí misma una viajera físicamente preparada para resistir el cansancio y las penalidades del viaje. En su opinión, la verdadera mujer-viajera debía poseer un modo de vida especial y haber sido educada y preparada desde su juventud en el ejercicio físico.

9. Entre los meses de noviembre y diciembre de 1883, durante su estancia en Las Palmas de Gran Canaria, Olivia M. Stone cayó enferma, trastocando su programa de visitas en la isla. Durante ese tiempo, fue su marido el que recorrió algunos puntos de la misma, elaborando una serie de informes que, posteriormente, usó la propia Olivia en la redacción de su libro.

10. «Muy pocos viajeros, penetran hasta aquí», dice Olivia al hablar de su estancia en uno de los pueblos de Gran Canaria (1887; p. 66, t. I).

11. *Op cit.*, p. 57.

12. Las tres fotografías de Graham Toler representaban el patio de una fonda en Tenerife, el púlpito de la Iglesia de la Concepción, en La Laguna y, las banderas de Nelson, desplegadas ante la puerta de la iglesia de San Francisco, en Santa Cruz. Esta última imagen es muy interesante porque los Stone, durante su estancia en la Isla, no pudieron reproducir dichas banderas debido a las adversas condiciones de luz existentes en el interior del templo. Las otras imágenes que no aparecían en la edición de 1887 eran un dibujo del Hotel Santa Catalina, de C. E. Mallows, y una fotografía de A.H. Béchervaise.

13. Sobre este aspecto, junto a la información que apareció en el propio libro, deben añadirse los datos que Olivia M. Stone recogió en un extenso artículo que publicó, en 1885, en la revista londinense especializada en fotografía, *The Amateur Photographer*, en la que la escritora narraba sus experiencias fotográficas en Canarias.

Dicho artículo fue traducido por el periódico de Las Palmas, *El Liberal*, bajo el título «Viaje por las Islas Afortunadas, por Olivia M. Stone». El texto completo se publicó, de manera fraccionada, a lo largo de los meses de junio y julio de 1885. Este mismo periódico había publicado unos meses antes (23 y 27 de enero), otro artículo de la autora titulado «Viaje a las Islas Canarias», aparecido inicialmente en la *Pall Mall Gazette*.

14. Este fotógrafo, cuyo nombre no cita Olivia en el libro pero sí en su artículo de *The Amateur Photographer*, era el inglés Charles James Baker Smith, más conocido como Carlos J. Baker. Baker debió llegar a Tenerife en la década de los 70, donde trabajó para una compañía naviera. Según parece simultaneó esta actividad con la de fotógrafo, inaugurando, en 1880, su gabinete fotográfico en la calle San Roque, 67.

Olivia nos lo describe como un «aficionado a la fotografía», que usaba procedimientos fotográficos desfasados, pues no conocía aún ni usaba las «placas secas» que traían los Stone.

15. «En la plaza [de Icod] había algunos aldeanos y labradores que vagaban perezosamente por todas partes, y al vernos empezar a abrir la cajita de cuero y preparar el trípode, se despertó tanta curiosidad que todos acudieron en tropel a rodearnos. En algunos países predomina el espanto al ver aparecer las cámaras fotográficas, como nos aconteció en Noruega, donde un muchacho cayó de rodillas ante nosotros llorando y suplicándonos que no le hiciésemos daño. Aquí la curiosidad es el sentimiento dominante y llega a tan alto grado, que teníamos que vigilar cuidadosamente nuestras cajas, pues en algunos sitios recorrían los pasadores para ver lo que ellas contenían, y cuando no podíamos tenerlas bajo nuestra vista nos veíamos obligados a atarlas y sujetarlas de manera que no pudiesen abrirlas». *El Liberal*, Las Palmas de Gran Canaria, 5-VI-1885.

16. *El Liberal*, Las Palmas de Gran Canaria, 10-VII-1885.